

turalmente como cae una hoja del árbol.—El inconfesado sentimiento de su irresponsabilidad, que estaba harto lejos de presentarla culpable a sus propios ojos, la movió, súbitamente, a odiar a aquel hombre. Lo odió como no había odiado, como no había amado nunca.—Entonces, en un breve período de dos días, sobrevino el aturdimiento del frenesí mundano. Apenas si vivía en casa. Mostrábase impetuosa y colérica. Ni respondía siquiera a las mansas observaciones que su marido arriesgaba, temeroso de que se hallase enferma. En letal abatimiento yació. Entraron en tenaz lucha su orgullo mancillado y el deseo que, como fuego interior, la quemaba, comunicándole el ansia loca de los sitibundos.

¡Qué tranquilidad beata sentía ahora! Su imaginación bogaba en el mar azul de la promesa...

Pensó de pronto en la carta de Julia, aquella mañana recibida. De intento nada había dicho a su marido ni a Jorge. En realidad, la lectura de ella fué el móvil determinante de su acción: la fuerza que, aplastando en definitiva al orgullo, lanzó al deseo en pos del cruel amante. Urgía, a toda costa, retener a Julia en Lagos.

Rumor de pisadas resonó en la habitación inmediata. Sin duda era *él*.

—¿Duermes ya, niña? ¡Oh, qué floja!

—¿Eres tú, Miguel?—articuló con débil voz.

—Sí; aquí me tienes. Vengo de una larga conferencia con los de Torreón. El negocio de la Laguna amenazaba convertirse en humo de pajas... ¡Gente esta más tramposa! ¡Pero no saben con quién tratan! Lo que yo digo: ¡no saben!

Habíase sentado al borde de la cama, y, a tientas, buscaba las manos de su mujer, que ella logró esquivar sabiamente. Quiso encen-

der luz; pero Sofia se opuso. Tenía una jaqueca horrible, según dijo.

Ocurriósele hablar entonces a su marido acerca de la conveniencia de oponerse al retorno de la hijastra. Argucias no le faltaban; mas, el pensamiento de que a ellas deberían ir unidas las caricias para convencer al viejo, en caso de resistencia, la paralizó.

Se hizo un largo silencio.

—¿Cenaste ya, rica?

—Sí; tomé algo. ¿Y tú?

—Ahora voy a hacerlo... Descansa entretanto, pobrecita. ¡Jaquecas a tu edad! ¡Aprende a mí! Conservo la cabeza firme; como de hierro... ¡Hasta luego, preciosa!

Y se fué.

Momentos después, Sofia dormía.

XXII

Con férvidas opulencias primaverales apareció el amor en el alma de Sofia.

Un ideal se elevaba por cima del encrespado torrente de su vida, ansiosa de placeres: Jorge. Qué había en él de espiritualidad, qué de simple aspiración de la materia ávida de fruirlo, no acertaba a explicárselo. Ciegamente, se entregaba. Rendíase con arrebatos no sospechados en su temperamento, hasta ayer calculador y frío.

Distó mucho de ser la suya una de esas pasiones que gradualmente se integran. Surgía entera. El fruto de la granada, disimulado hasta entonces por verde corteza, mostrábase de pronto en una embriaguez de púrpura.

Había deslumbrado los años de su juventud un anhelo imperioso: el de la riqueza, jamás

turbado por amorosa exigencia; cultivado, acariciado por atavismos de educación y de raza. Y era rica ya. Cuanto capricho, con aleteos de loca fantasía, pobló su imaginación de mozuela, hoy se convertía en tangible realidad. Irradiaba su belleza ruidosa de plebeya un tanto afinada. Sorprendía su distinción estudiada con santa paciencia. Hacíanse luengos comentarios de su lujo...—Y he aquí que, súbitamente, un hombre venía a echarlo todo por el suelo; un hombre como cualquier otro; un hombre en el que no había pensado nunca, porque jamás pensó en *el hombre*; un hombre, en fin, que, con sólo una palabra, la habría trocado en su esclava: tan grande era el ansia por satisfacer aquel amor.—Placéale, como un halago, la idea del sacrificio. Hubiera querido despojarse, como las antiguas cortesanas, de sus vestiduras áureas; renunciar a su mansión suntuosa y a su boato, conservando tan sólo su hermosura y sus gracias, para ir a ofrecérselas, humilde, a su señor.

Nunca, de adolescente, tuvo afición a los enredos de las novelas por entregas que a su madre sacaban de quicio. Las historias complicadas la aburrían, y gustaba de los hechos positivos y claros. Con su amor nació, sin embargo, un raro afán romancesco. Lo sutilizaba todo. Sin creer en su culpa, dábase en ocasiones, para sus adentros, el título de «criminal». Imaginaba peligros inexistentes. Con embustes, tramaba primorosos encajes.

Así fué cómo, a pesar de la resistencia de Jorge, sus amores empezaron por ser errantes. Se veían en los panteones, cuando la luz declinante del sol, filtrándose por entre el ramaje sombrío de los cedros, doraba las lápidas. Visitaban juntos las huertas de Tlacopac o de Tizapán; y ella, apoyada en el brocal negruzco de

algún olvidado pozo, cuya carrucha no gemía ya, soñaba, oliendo un ramo de rosas, que era la novia de su amante. Buscaban las iglesias de los barrios bajos, olorosas a vejez, que tenían un singular hechizo churrigueresco, para ellos incomprensible; y allí la atribulada dama se absorbía en dolorosas meditaciones, pensando que algún día habría de castigarla Dios...

Quería mantener incólume su pureza. A los varoniles atrevimientos oponía pudores de chiclea. Y claro es que Bazán abominaba de aquel «estúpido romantiqueo», no obstante las antiguas inclinaciones poéticas que, para su fuero interno, le daban alguna semejanza con Petrarca.—Ella se entristecía al oírle expresar su desacuerdo con impaciente cólera. Le echaba en cara los ningunos miramientos que tenía para la «espiritualidad» de su amor. Y a la postre acababa por imponerse: bajo las sensiblerías de la amante asomaba a veces el gesto dominador de la taquígrafa que años atrás se casara con Bringas.

Ya barruntaba el diputado que, tarde o temprano, se desharía de aquella señora que creía aún vivir en los tiempos de Esplandián o de don Florismarte de Hircania,—y a la cual, en resumidas cuentas, podría calificarse a la moderna como de *bas bleus*—, cuando ella, presintiendo con femenino olfato, cedió.

Dieron entonces comienzo las correrías en taxímetro. Se citaban en una calle apartada. Sofía, simulando que pasaba ante el vehículo inmóvil, sofocada, temerosa, metíase en él de pronto; y Jorge, muerto de risa al recibirla en sus brazos, le decía:—«Pero, hija, ¿a qué tantos misterios si no nos ve nadie?»—¡Y, en marcha; a correr por las afueras; a esconder sus amores en los meandros de las umbrosas calzadas de los contornos; hasta que ella volvía a

casa a pie, satisfecha, sonriente, tramando una nueva historia que contar al buenote de su marido, sin acordarse de que éste ni siquiera las pedía!

Una noche pasearon su amor por Xochimilco, en la lenta «trajinera» enguirnaldada de flores. A orillas del canal los «huejotes», tan semejantes al letal ciprés, se erguan, argentados por la luna. Denso aroma de claveles saturaba el aire. Una claridad diamantina esparcía sus reflejos en las aguas temblorosas. Aleteaba el misterio bajo de los puentes. Romántico silencio lo envolvía todo... —Jorge le dijo al oído un vago rondó de Amado Nervo, que a ella le pareció acariciador y suave, y que empezaba:

*Yo vengo de un brumoso país lejano,
regido por un viejo monarca triste...*

Cuando regresaron, a las ocho, torturaba a Sofía inmensa pena: se había enlodado las botas.

No dejaron de visitar el primer nido de su amor. Repitieron la escena en el pabelloncito de Chapultepec. —«Aquí te conocí —observaba ella, al modo de una comedianta satisfecha de la *reprise* de la obra predilecta—; aquí te conocí... Porque antes, eras otro... ¡Oh, te quiero tanto!»

Pero nunca olvidó la noche de la luna en el canal dormido. Lo único que, en concepto suyo, podía compararse con aquella linda página de su novela erótica, eran las frecuentes visitas que hicieron a un hotelito de San Angel, oculto en un mar de rosas y de malvas. Allí, en el tibio reservado, charlaron algunas veces. —¡Qué deslumbradora la claridad de la araña de cristal, bañando, sobre la mesa, el blondo *Sauternes* y las ostras! ¡Y qué evocaciones de un pasado

romántico, cuando, cogidos del brazo, recorrían las callejuelas oscuras y desiertas; las irregulares plazoletas rodeadas de añosos caserones coloniales, e iluminadas por la luz mortecina de un farol que hacía perceptible la silueta de un perro errante que pasaba!

En aquel mismo gabinetito de San Angel se hallaban una tarde de las postrimerías de agosto. No mostraba apetito Sofía. No quería beber. Un nudo le oprimía la garganta. Clavada de codos en la mesa, creeríase que su mirada se engolfaba en los espacios insondables...

—¿Qué te pasa, muchachita? —preguntó Jorge, luego de haber mondado una manzana que goloso comía; y agregando, para su coletito: —Apuesto a que ahora tenemos «música»...

La tuvieron, en efecto. Sofía, bebiéndose las lágrimas y echándole los brazos al cuello, le dijo:

—¿Sabes Jorge mío? *Ella* vendrá...

Imposible evitarlo más. Desde julio hubo de apelar, con honda repugnancia, a cuantas soca-lifas era su marido sensible, para obligarle a retener a Julia en Lagos. No ayuno de dificultades estaba el papel. Había que asociar, a la tierna solicitud por la ausente, la más dulce y discreta prudencia. ¡Y lo desempeñó a maravilla! Su previsión fué hasta el extremo de aconsejar a Jorge que escribiera a su novia, a quien tenía punto menos que olvidada. — Pero se aproximaba el desenlace. Había llegado el momento en que las resistencias irrazonadas fuesen peligrosas. Y la propia Sofía decidióse a aconsejar a don Miguel, horas antes, que diera permiso a la hija única de que volviese a la casa paterna.

Jorge dejó la manzana en el plato. Constituía «aquello» una franca contrariedad.

Permanecieron por largo rato en silencio.

—¿Verdad que no me olvidarás, Jorge? ¿Verdad que no me olvidarás? —repetía, anhelosa, con los ojos húmedos, oprimiendo las manos del amante.

Bazán se había puesto serio.

—Es un verdadero *casus belli*... —comentó—. Supongo que no querrás que la abandone...

Los ojos de Sofía claramente le dijeron que no.

Aquella noche el retorno fué como nunca lo había sido: silencioso, de obstinado mutismo.

XXIII

Lagos, 28 de agosto.

«Será esta la última carta que te escriba aquí, Jorge. ¡Cuánto se hizo aguardar la tuya, oh ingrato! Papá ha consentido al fin en mi regreso. Dentro de tres días saldré.

A pesar del regocijo que esto me causa, no puedo menos de entristecerme al abandonar mi ciudad natal; mi tierra azul, la de la escondida poesía, que me devolvió la salud con sus aires y con el despertar de viejas memorias.

Pusieron mis amigas cara dolorida al saber la nueva. Ayer organizaron en obsequio mío un paseo al Cerro de San Miguel. Fuimos un grupo íntimo a la *Cruz de los Chirlitos*, que en la cumbre está, frente por frente del Refugio.

Declinaba la tarde cuando ascendimos por la empinada vertiente. El campo reía de tan verde. Sobre la alfombra de esmeralda, un mar de flores silvestres contrastaba la monotonía del color. Eran la «aceitilla», de blancos pétalos y amarillos cálices; los «mayitos» rosa; la «pelo de conejo», azul y sedeña; las «maravillas»

multicolores, profusas, que enguairnaldaban llanos y riscos.

De niña visité esta *Cruz de los Chirlitos*, con mi madre. Y ahora, al pie de ella, me asombraba el panorama divino que desde allí se disfrutaba. Se ponía el sol. A la distancia, su luz amor-tecida iluminaba las torres de la Parroquia, de cantera rosa. Extinguía el crepúsculo en la dilatada vega, donde la cinta de plata serpenteaba, entre espesos arbolados, hasta los confines lejanos en que se perfilaban las siluetas bien amadas de la *Mesa Redonda* y de la *Mesa Larga*. En la parte opuesta, hacia levante, la línea azul de la Sierra tenía irradiaciones de turquesa.

¡Qué infinita quietud la de las cumbres!

Lola, y las demás muchachas que le hacían coro, en pintoresco grupo, con sus rebozos de seda, empezaron a cantar. Cantaban canciones de la tierra también, como aquella noche. Acompañábalas José en la guitarra. —¿Qué tienen de honda melancolía, de ternura sofocada, de vagas remembranzas de tristeza vieja, estas bellas canciones de Jalisco?— La melodía cantaba, sobre la cumbre, en la gloria crepuscular. Era silvestre como las florecillas del llano, y con el comentario doloroso de la guitarra yo la sentía penetrar hasta el fondo de mi alma, que entonces no sabría decir si estaba alegre o pesadora.

¡Qué valen las representaciones de gala de las óperas, junto a estas voces dulcísimas, que parece que mueren con la tarde, y junto a este prodigioso escenario!

Los dos crepúsculos se confundieron. Cuando entre celajes aparecía la luna blanca, aun se hallaba el poniente cubierto de oro y arreboles. Y se hizo la noche. Una radiación indecisa y flotante lo envolvía todo...

Bajo la noche siguió la canción. La canción hablaba de amores y de tristezas, de desencuentros y de olvidos. Sentada al pie de la cruz —¿por qué he de ocultártelo?—, lloré. Lloré sin causa alguna, es cierto. Pensaba que, en breve, después de tu largo silencio, iría hacia tu amor; mas, con ser éste tan dulce, y constituir el único encanto de mi vida, un vago desconsuelo me sobrecogía ante la idea de que menester era dejar estas tierras de paz donde nací, estos llanos, ese río, aquellos montes: todo lo que desde el cerro contemplaba.

¡Jorge, Jorge, si pudiéramos los dos juntos, los dos solos, venir por acá!

Julia.

XXIV

Retirábase, con gran estruendo de tambores y clarines, la guardia que en las afueras de la Cámara de Diputados había hecho los honores al Presidente de la República, cuando descendieron por la escalinata del flamante edificio Sofía y Julia, acompañadas por Jorge Bazán. Ambas habían asistido, desde una tribuna, a la apertura de la XXVI Legislatura. Era el 16 de septiembre de 1912.

—¡Qué arrogante estabas en tu curull — dijo Sofía, oprimiendo el brazo del joven—. ¡Si parecías el rey del Congreso!

Rió Jorge de la ingenua alabanza, por más que en aquel momento se hallara realmente convencido de su guapeza. A través de la recia tela del gabán gris, se adivinaba su cuerpo grácil y gallardo, modelado por el frac. Culminaba sobre la nítida blancura de la pechera su rostro pálido, de afilada nariz, de labios sutiles,

sonrosado en los pómulos, a los cuales parecía señalar el arriscado bigote rubio. Sus ojos, de un denso azul, fulguraban sonrientes. La ancha frente, surcada ya por algunas prematuras arrugas, tenía el encanto de las juventudes marchitas, que singularmente acentuaba el pelo sedoso y blondo al disimular la temprana calvicie cayendo en ondas suaves hacia las sienes. De seguro advertirían quienes le vieran que en tal momento le embargaba la satisfacción de haber palpado su triunfo electoral. Y por de contado se calla que el elogio de Sofía le supo a rosas. En cambio, la hosquedad de su prometida no dejaba de herirle. Desde que volvió de Lagos, cada vez la encontraba más «paya». En su concepto, el viaje al terruño habíale agriado el carácter. No procuraba ya, como en otro tiempo, serle agradable. ¡Novia más rara!—Y suspiró, compadeciéndose del sacrificio que hacía al conservar, por «pura honradez», aquellas añejas relaciones que, en resumen de cuentas, consideraba simplemente como el reflejo de una «muchachada».

Siguieron a pie por la calle del Factor, henchida de gente. El regocijo de la fiesta nacional se traducía en banderas, estentóreos vivas, lejano resonar de bandas militares y estallido de cohetes.

Jorge las invitó a que tomaran algo en *El Globo*... Dificilmente les fué dable llegar allá. Cuando estuvieron sentados ante la pequeña mesa, entregáronse «yerno» y «suegra», como de costumbre, al comentario sangriento de modas. En un apartado rincón descubrieron al ex senador Ondarza y Perrín, solo, apurando su café.

Contrariaba en extremo a Julia tal guisa de charla. Desde su arribo, por manera extraña, se habían anublado sus relaciones con la gaya

madrastra. Le chocó la mal disimulada familiaridad con que ésta trataba a su novio. Hubo de notar también en Jorge un no sé qué de inusitado. Era otro diverso del que dejó. Descubría en él un modo de ser afectuoso, impregnado de melosidad, que no se atrevía a tildar de falaz, aunque sí de raro. Jamás había sido devota de los almíbares, ni siquiera en achaque de amores; y la discreción que presidió siempre en los suyos con el «novel representante del pueblo», pugnaba con el constante acariciarla de palabra y obra.—¿Sería que la dilatada ausencia borró de su retentiva al antiguo Jorge, o que su prometido, en fuerza de transformarse con la política, trocó por otro nuevo hasta su genio primitivo?

—Julia está como «engentada». ¿No te parece, Jorge?—observó Sofía, riendo.

—Así lo creo... A mí no me ha dicho palabra en toda la santa tarde...

—Eres injusto, Jorge — repuso ella, confusa—. No sabes la alegría que me causa... Pero, tiene Sofía razón: después de aquella vida de paz, casi de sueño, no me encuentro a gusto aquí... No miento si te digo que me mareo... En fin, una cosa tan extraña...

—¿Te sientes mal? ¿Quieres que nos vayamos?—Y Jorge, al preguntarlo, no apartaba las pupilas del rostro pálido, espiritualizado de la muchacha, el cual no era, en verdad, un dechado de salud, pese a las afirmaciones de las románticas epístolas laguenses.

Sofía, que saboreaba con delicia una taza de chocolate, exclamó:

—¡Vaya! ¡No sean impacientes! Esperen siquiera a que concluya... ¡Está exquisito!—Interrumpiéndose, luego de llevarse a los labios una punta de la servilleta, añadió:—Ahí viene Ondarza...

El antiguo funcionario se aproximaba, en efecto.

—¡Hola, Julita! Dichosos los ojos... ¿Y cómo van esos males? Ya se ve que ni rastro queda de ellos... ¡Está usted divinamente!—afirmó don Manuel, mintiendo a sabiendas—. ¿Qué tal, Sofía? ¡Cara se vende usted! Hace siglos que no nos encontramos en parte alguna...

Sofía, sin inmutarse, respondió:

—¡Es que usted hace vida de cartujo, hombre!

—¡En mis días la practiqué, señora! No tengo vocación... En cuanto a este Jorge—declaró, posando sus manos velludas sobre los hombros de Bazán—, nada pregunto... Ya sé... ¡Mis felicitaciones, pollo! Tenemos un nuevo padre de la patria...

Y se alejó sonriente, con su eterno monóculo fijo en el ojo izquierdo, tras de haberse despedido con largos apretones de manos.

En atención al malestar de Julia, más y más acentuado en su palidez lívida, renunciaron Jorge y Sofía al proyectado paseo por las avenidas, que compacta multitud henchía, discurrendo por arroyo y aceras, bajo de los esplendorosos arcos triunfales.

Cuando el diputado las dejó en casa, mientras Julia marchaba en derechura de su alcoba, camino del despacho se fué Sofía, sabedora de que su marido se hallaba allí. Embriagada por la victoria de Jorge, a quien por primera vez hubo de contemplar oficiando como político, una idea feliz alborotaba su magín: la de sorprenderlo, al día siguiente, con un obsequio de buen gusto. Absorbíala por completo un recuerdo titilante: el del solitario que la vispera había visto en un escaparate de *La Esmeralda*. ¡Sentaría tan bien en el anular del diputado! Regalando a su amante sentía un profundo goce sensual. Dos meses no corridos contaba

de existencia su lío amoroso y, en tan breve término, había ya dado a Jorge una cadenilla para el reloj y un primoroso dije de zafiros. Le encantaba su turbación, casi su enojo, al verse con tanta insistencia obsequiado. Sus pequeños sacrificios de mujer que no tenía dinero; las trácalas a que apelaba, y las luengas y enrevesadas historias que al viejo solía referir para completar las sumas exigidas por semejantes desembolsos, compensábalos con creces el beso que el deseado, al fin rendido, ponía en sus labios rojos. Ella, por lo demás, se conformaba con flores y dulces.

Desde que traspuso el umbral, notó algo de insólito en Bringas. Estaba el pobre señor asaz cabizbajo y meditabundo; tanto, que ni siquiera se dió cuenta de su proximidad, y continuó inclinado sobre la mesa de trabajo.

Pasito se adelantó Sofía; y, tapándole los ojos con las perfumadas manos, aguardó la pregunta de rúbrica, endulzorada por el adjetivo mimoso. No vino ésta en la medida de su anhelo, pues que el caballero, fríamente, se limitó a decirle:

—¿Eres tú, Sofía?

Consciente de tan no acostumbrada sequedad, ensayó una tímida caricia. Mas, no advirtiéndolo en su esposo barruntos de sacudir el marasmo, sino antes bien, señales de mal humor y violencia, se dispuso a evacuar la plaza con una mueca de enojo en la faz resplandeciente, tentadora, bajo del aludo sombrero que le daba tan garrido realce.

—Parece que ahora no se te puede hablar, Miguel...

No hubo menester de más para que en el semblante del santo varón se efectuara súbito cambio. Una sonrisa se insinuó en los ojos que bajo de las cejas grises tenían un acerbo mirar.

—No, no te vayas, hija mía...—rogó, atrayéndola y sentándola en sus piernas—. Ahora más que nunca necesito de ti.

Lo dijo con voz en cuya gravedad se traslucía tan dolido acento, que la dama se puso a considerarle, curiosa y sorprendida.

—¿Qué ocurre, Miguel? Ahora que subíamos Julia y yo, tropezamos en la escalera con un señor desconocido. ¿Estaba contigo?

—Sí; como es día de fiesta y cerramos el almacén, aquí le cité.

Al hablar, no ocultaba don Miguel abrumadora fatiga. Inclínabase su frente, y sus manos, temblorosas y seniles, erraban con desmayo por el encorsetado talle de su mujer.

—¿Y quién es él?—interrogó Sofía por decir algo.

—Es... ¿Sabes?...—articuló Bringas, como si divagara.—El futuro propietario de *El Naranjal*...

Levantóse Sofía, obedeciendo a repentino impulso.

—¡Cómo! ¿Vas a venderlo?

—Sí—repuso el viejo negociante, atrayéndola nuevamente—. Por eso te decía hace un momento que más que nunca necesito de ti... ¡Estoy tan triste, Sofía!

Severo mutismo se apoderó de ella. Lo motivaban, en parte, cierta lástima por el anciano; en parte también, el desencanto de no poder comprar luego, como deseara, el famoso solitario que ahora, en su imaginación, fulgía vivaz, con fulguraciones de estrella perdida en cielo sombrío.

—Es menester que hablemos seriamente, hija... ¿Me quieres? ¿Estás contenta de mí? ¿Estás convencida de que jamás omití sacrificio alguno por agradarte, y de que mi vida entera, la de todos los instantes, ha sido consagrada en absoluto a ti, desde que eres mi mujer?

Sofía, lentamente, se puso de nuevo en pie. Reflexionó un momento. Luego, con voz que trascendía a altivez, declaró:

—Convencida estoy de todo eso, sí... Pero debo advertirte que yo no te he exigido ningún sacrificio.

La faz de Bringas se empurpuró. Al rubor siguió una sonrisa tímida que le servía de excusa.

—No, si no te culpo de nada, nena. Me has comprendido mal. Vamos, siéntate, y charlemos como buenos amigos—dijo, ofreciéndole un asiento junto del sillón giratorio que ocupaba. Después, cogiendo las femeniles manos, prosiguió—: Nadie mejor que tú sabe que mi regla de conducta invariable ha sido no hablarte de eñojosas cuestiones de dinero... Ha llegado, sin embargo, la ocasión de hacerlo...

—Me lo dices en un tono, que no parece sino que yo soy causante de lo malo que te sucede...

—Calma, niña, calma... No te sulfures... Adoptaré otro tono; más cariñoso, más conciliador, ¿eh? El que siempre he tenido para ti... Pues bien, estamos arruinados...

—¡Arruinados!—exclamó ella, con extrañeza que se traducía en risa incrédula—. ¡Arruinados! Hijo, probablemente te dió hoy gana de bromear...

—No es broma, Sofía, por desgracia. Ante el abrumador pasivo que se presenta, ignoro qué pueda hacer. Malos negocios por una parte; deplorables situaciones que han sobrevenido, por otra; la baja de las acciones mineras que tengo, y... en pequeña parte... también... los gastos de esta casa, han originado que por primera vez la negociación que lleva mi nombre esté a dos dedos de la quiebra...

Su mujer le miró azorada.

—No ha llegado aún, es claro, el momento de

la catástrofe—afirmó el viejo, serenándola—. Todavía con un esfuerzo, con un esfuerzo enorme, podríamos salvarnos... Por eso acudo a ti.

—¿A mí?

D. Miguel la besó en la frente.

—A tí, precisamente. Urge cambiar de vida, Sofía...

Escuchó la proposición sin inmutarse. Se trataba de evitar el desastre a toda costa. ¿Cómo? Vendiendo las propiedades que Bringas tenía, para hacer frente a los primeros y más angustiosos créditos; realizando joyas, muebles y carruajes; disminuyendo domésticos gastos; reduciéndose, en suma, la familia, a una existencia obscura y modesta. Afirmaba el inocente señor que serían dichosos en tanto recuperaban la pérdida holgura; que un consuelo atenuaría sus penas: el de quererse todos y mutuamente ayudarse en aquel paraíso de abnegación familiar, en el cual ya se miraba él como un patriarca de respetables patillas, rodeado de su esposa e hija, únicos seres por donde Miguel amados en esta empecatada tierra.

No pareció de perlas a la antigua taquígrafa descripción tan evangélica, que encontraba bonita para leída en una novela de Balzac, pero inaplicable a la vida. Lo que vió claramente entonces, lo que la encendió en crepitante ira, fué el pensamiento de que había dado su juventud, su belleza, sus anhelos todos, a aquel hombre; que se los había dado no por su guapa cara, sino por su fortuna; y que ahora, al cabo del inmenso sacrificio que la condenó a no amar al amparo de las leyes humanas ni divinas; a no gritar a los cuatro vientos su pasión por un sér joven como ella,—por única recompensa alcanzaba la obscuridad, la miseria, la anulación social, justamente cuando se hallaba en el pináculo y cuando más difícil le sería re-

nunciar a la posición adquirida, al lujo, al nombre, a su amor mismo, para ir a envejecer resignada en la pobreza y en la sombra, al lado de un viejo al que creía ahora odiar.

Le odiaba, sí. Harto comprendía que bajo del disimulado desprecio y asco que le inspiraba su marido, alentaba el fuego del odio. Por eso no sentía piedad ante el suplicante que la estrechaba con sus manos convulsas; por eso, en un arranque de cólera—de aquellos que tenía a poco que se la contrariase en sus caprichos—, hizo caer sobre de él tal lluvia de reproches crueles, que el anciano comerciante, en el colmo del dolor y del asombro, resistía luchando en vano por detenerlos con palabras, sofocado, lloroso casi, como un niño, y punto menos que convertido en humana piltrafa por lo lamentable y por lo débil.

—¡Repito—gritó Sofia para concluir—, que no tengo la culpa de tus malos negocios! Yo, por lo contrario, te he elevado a una categoría social que no soñabas en vida de la infeliz de tu primera mujer. ¡Y declaro que si tú quieres anularme, ponerme en ridículo, y arruinarte en definitiva, desde el momento en que tus acreedores todos, al verte abandonar la posición que ahora tienes, te acosarán como buitres, no lo consentiré, y no lo consentiré!

Era tanta su agitación, que había destrozado los guantes. Desconocía su marido; para oponerse a semejante furia se consideraba impotente. Y una lástima y una ternura hondas invadieron a don Miguel, no bien la hermosa muchacha, en la crisis de su desesperación, se echó a llorar con desolados gemidos.

Pasaron largos instantes.

—Sosíégate, hija, sosíégate—decía el bondadoso señor, cogiendo las manos, que ella esquivaba—. ¡Vamos! Comprendo que hice mal en

decirte estas cosas... Quizá me adelanté demasiado... Acaso sea tiempo aún de... En suma, no hemos dicho nada; calma, calma...

Amainaron los plañidos a medida de las caricias. En el antro de sombría desventura que columbró Sofia, iba haciéndose la luz. Sonriendo, entre lágrimas, hubo de sentarse al fin en las piernas de su marido; y media hora más tarde, pasado el chubasco, dijo, con aquella linda voz que a él le embelesara en los días inolvidables de la luna de miel, en *El naranjal*:

—¿Me quieres, «viejito» mío? Yo te prometo ser buena contigo... ¡Ya verás, ya verás como la suerte cambia! Disminuirán tus temores; progresarás con los buenos negocios; seremos felices...

Lo besó en la boca; y, graciosa, saltarina, como había venido, escapó por la puerta.

Don Miguel volvió a caer en profundo sopor, clavado de codos sobre la mesa. Era la ruina que se avecinaba...

Así le sorprendió Julia, cuando vino a avisarle para que fuesen a cenar. Algo de doloroso y de triste adivinaba ella en el rostro, pálido y buído, del viejo. Por eso sucedió que, venciendo su innata timidez, le echó los brazos al cuello y hubo de preguntarle en aquel momento grave:

—Papá... Papá... ¿Qué tienes?

—Nada—respondió él, secamente, rehuendo a la caricia.

XXV

Muerto de cansancio suspiró Jorge. Corría el sudor por su frente, no obstante hallarse él en mangas de camisa y ser aquella tarde de principios de octubre una de las más frías, nubosas